

Manuel M. Flores.

ODA Á LA PATRIA.

5 DE MAYO DE 1862.

Alcemos nuestro lábaro en la cumbre
 Esplendorosa de granito y nieve
 Del excelso volcán, á donde raudó
 Entre el fulgor de la celeste lumbre
 Tan sólo el cóndor á llegar se atreve;
 Donde la nube se desgarró el seno
 Para vibrar el rayo
 Y hacer rodar en el abismo el trueno.
 Alcemos, sí, bajo la arcada inmensa
 Del cielo tropical y sobre el ara
 Diamantina del Ande
 El augusto pendón de la victoria,
 Que aún mereciera pedestal más grande
 La enseña de la Patria y de la Gloria!

¡Oh santo nombre de la Patria! . . . Escuda
 Con tu prestigio inmenso
 Esta mi audaz palabra, tan desnuda
 De elocuencia y vigor; haz que vibrante
 Al pié de tus altares se levante,
 Y sea la nube del incienso
 Ante el ara de Dios; haz que resuene
 Potente, y en su vuelo
 Con tu renombre los espacios llene
 Y cubra el mundo y se levante el cielo!

*

Ayer—fugaz minuto que á la Historia
 Acaba de pasar en las serenas
 Y deslumbrantes alas de la Gloria—
 Ayer en la ignorada
 Cumbre de una colina que ceñía
 Una cinta de frágiles almenas
 Y pobre artillería,
 El mexicano pabellón flotaba
 Bajo un cielo de brumas,
 Como en la frente del guerrero azteca
 Rico penacho de vistosas plumas.
 Mas no flotaba al beso voluptuoso
 De las brisas del trópico. . . . crujía
 Al soplo tempestuoso
 De un huracán de muerte, y se tendía
 Su lona tricólor, como del iris

Sobre la frente negra de los cielos
La diadema se ostenta
Cuando huyendo flamígera sacude
Su melena de rayos la tormenta!

Y era también un iris de esperanza
Aquel sagrado pabellón erguido
Ante el géneo feroz de la matanza.
Aquella enseña del derecho herido
Alzándose terrible á la venganza,
Allí del Mundo de Colón los ojos
Se fijaban severos, centellando
De impaciencia, de cólera y enojos.
Y ¡quién saber si airadas
Allá desde los picos solitarios
De la alta cordillera, silenciosas,
Envueltas en sus pálidos sudarios,
De nuestros héroes muertos asomaban
Las sombras espectrales
Y el Guadalupe atónitas miraban.

El Guadalupe! . . . Ostenta en sus laderas
De la patria las bélicas legiones;
Brillan las armas, flotan las banderas,
Y se mezcla al rodar de los cañones
El toque del clarín, la voz de mando
Y el relincho marcial de los bridones.

Y más allá, cruzando la llanura,
Henchidas de arrogancia,
Tendiendo al sol las alas voladoras,
Las imperiales águilas de Francia
Conduciendo las huestes invasoras.

Las huestes sin rival. En sus pendones
Cien y cien veces derramó laureles
Propicia la victoria;
Soldados favoritos de la gloria,
En los campos de Europa sus corceles
Han dejado una huella ensangrentada,
Y cien veces sus páginas la Historia
Abrió á la punta de su atroz espada.

Ellas són y avanzan . . . ¡Dios Supremo!
Ah! ¿qué vá á ser de nuestra pobre tierra
Ante esos semidioses de la guerra?
¿Qué vá á ser del soldado mexicano,
Soldado humilde sin laurel ni pompa
De esos titanes al tremendo empuje? . . .

¿Qué vá á ser? . . . Vedlo yá . . .

Suena la trompa,
Silba la bala, la metralla ruje,
Se avanzan con furor los batallones,
Se chocan los guerreros,

Se desgarran flotando los pendones,
 Crujen tintos en sangre los aceros,
 Tiembla la cumbre, tiembla la llanura
 Al estruendo mortal de la pelea,
 Y de humo y polvo en la tiniebla oscura
 El cañón formidable centelléa!

¡Terrible batallar! Potente rabia
 De insensato furor ébrio de sangre;
 Festín de la venganza
 En que sólo resuena pavoroso
 El salvaje rujir de la matanza;
 En que fiera la vida
 Se escapa palpitante por la herida
 Del corazón indómito, que aun late
 Encendido en las iras del combate.
 Instante de terror y de grandeza
 En que el débil en bravo se convierte
 Y se hace león el corazón del fuerte,
 Y convulsa la vida se desgarran
 Y se goza el Horror y rie la Muerte!

Terrible batallar! Golpe por golpe,
 Furor sobre furor, vida por vida
 Y sangre nada más. . . . Allí el renombre
 Del francés vencedor y su pericia
 Contra el derecho transformado en hombre

Y armado de justicia.
 Terribles las legiones,
 Cual de la mar las olas turbulentas
 Que flagela el furor de las tormentas,
 Se encuentran y se chocan y se rompen
 Feroces y sangrientas! . . .

Y ¿es verdad?... es verdad?... Los invencibles,
 Los que cejar no pueden,
 Los tigres de Inkermann y Solferino,
 Aquí, blanca la faz, perdido el tino
 Y con miedo en el alma. . . . retroceden? . . .

¿En dónde está su incontrastable arrojo?
 ¿En dónde su furor armipotente?
 ¿Dó el llegar y vencer que suyo haría
 Inmóvil de terror el continente?
 ¿Las águilas francesas
 No midieron, cruzando el Océano,
 Cuánto eres, Libertad, grande y potente
 Bajo el inmenso cielo americano? . . .

Soberbias te arrojaron sus legiones;
 Y viéndolas llegar, en tu mirada
 Las iras del ultraje centellaron!
 Relámpagos los golpes de tu espada
 El rayo de la muerte fulminaron;

Sangrienta charca abrióse tu pisada,
 Nada su rabia de leones pudo,
 Y ante tu fuerte escudo,
 Ellas. . . . las invencibles. . . . se estrellaron!

Y tres veces así! . . . del Guadalupe
 Quedaron las laderas
 De pálidos cadáveres regadas,
 Y de francesa sangre
 Y sangre mexicana ¡ay! empapadas.
 Y cuando el sol de Anáhuac esplendente
 Bajaba al occidente,
 El ángel tutelar de la victoria
 Voló á arrancarle su postrero rayo,
 Bañó con él, de México la frente
 Sellándola de gloria;
 Y con letras de sol CINCO DE MAYO
 Para los siglos escribió en la Historia!

Entonces . . tú lo sabes, Puebla mía.
 ¡Oh Puebla, cuyo nombre bendecido
 Ensaltar como quiero nunca supe! . . .
 Tu nombre para siempre esclarecido
 La Francia lo aprendió en el estampido
 Del cañón que tronaba en Guadalupe!

Cayó ese nombre en la soberbia Europa

Con el ruido triunfal de una victoria;
 Cayó vestido con el ampo de oro
 Del sol de Mayo que alumbró tu gloria!

Desde entonces, allá, bajo el sereno
 Dosel de auroras que despliega oriente,
 Envuelta en olas de oro por la lumbre
 De aquese sol triunfal, y coronada
 Con el lauro que el tiempo no destroza,
 Del Guadalupe yérguese en la cumbre
 La figura inmortal de Zaragoza.

Las águilas francesas que algún día
 Tendieron sobre el mundo
 Ebrias de triunfo las potentes alas,
 Llevando entre sus garras las banderas
 Vencidas y hechas trizas
 De naciones altivas y guerreras;
 Las águilas que guiaron la fortuna
 Sangrienta de los fieros Bonaparte,
 No posaron su vuelo victorioso
 Después, del Guadalupe en el baluarte.
 Y queda allí, soberbio monumento
 De patriotismo y gloria,
 Vistiendo con la sangre no lavada
 La púrpura triunfal de su victoria.

Allí queda á su planta la esforzada
 Guerra del Atoyac, Puebla la bella;
 La tierra de mi hogar, que guarda altiva
 Cual cicatrices que la gloria sella,
 Sus calles destrozadas,
 Sus rotos muros, sus deshechos lares,
 Y en pié las ruinas de sus grandes templos
 Por la bala francesa acribilladas,
 Elocuente padrón del heroísmo
 Y del patrio denuedo,
 Página de la Historia
 Del mexicano corazón sin miedo!

Allí queda la invicta
 Amazona mostrando cual trofeo
 La palpitante herida del combate,
 Por la cual, ante el sol, como en el roto
 Pecho de los guerreros de Tirtéo
 Se vé el valiente corazón que late.

Allí queda ese fuerte de los libres
 Ante cuyo granito la soberbia
 De los nunca vencidos se destroza;
 Allí queda ese campo de pelea
 Donde hollaron las cruces de Crimea
 Los cascos del corcel de Zaragoza!
 ¡Allí quedas, mi Puebla! Y si algún día

Arroja el extranjero
 El grito de la guerra á tu muralla,
 ¡Renueva tu osadía,
 Vibra de nuevo el matador acero,
 Desata el huracán de la metralla;
 Fulmina fiera de la muerte el rayo,
 Y la sangre del campo de batalla
 La saque aún otra vez la esplendorosa
 Lumbre de gloria de tu sol de Mayo!

PASION.

¡Háblame! . . . que tu voz, eco del cielo,
 Sobre la tierra por do quier me siga. . . .
 Con tal de oír tu voz nada me importa
 Que el desdén en tu lábio me maldiga.
 ¡Mírame! . . . tus miradas me quemaron,
 Y tengo sed de ese mirar eterno;
 Por ver tus ojos, que se abraza mi alma,
 De esa mirada en el celeste infierno.
 ¡Amame! . . . Nada soy; pero tu diestra
 Sobre mi frente pálida . . . un instante,
 Puede hacer del esclavo arrodillado
 El hombre rey de corazón gigante.
 Tú pasas . . . y la tierra voluptuosa
 Se estremece de amor bajo tus huellas,
 Se entibia el aire, se perfuma el prado
 Y se inclinan á verte las estrellas.

Quisiera ser la sombra de la noche
 Para verte dormir sola y tranquila,
 Y luego ser la aurora y despertarte
 Con un beso de luz en la pupila.
 Soy tuyo, me poséas; un solo átomo
 No hay en mi sér que para tí no sea:
 Dentro mi corazón eres latido
 Y dentro mi cerebro eres idea.
 ¡Oh! por mirar tu frente pensativa
 Y pálido de amores tu semblante,
 Por sentir el aliento de tu boca
 Mi árido lábio acariciar jadeante;
 Por estrechar tus manos virginales
 Sobre mi corazón, yó de rodillas;
 Y devorar con mis tronantes besos
 Lágrimas de pasión en tus mejillas.
 Yo te daría . . . no sé . . . no tengo nada:
 (El poeta es mendigo de la tierra)
 ¡Toda la sangre que en mis venas arde!
 ¡Todo lo grande que mi mente encierra!
 Mas no soy para tí; si entre tus brazos
 La suerte loca me arrojara un día,
 Al terrible contacto de tus labios
 Tal vez mi corazón se rompería!
 Nunca será . . . Para mi negra vida
 La inmensa dicha del amor no existe;
 Solo nací para llevar en mi alma
 Todo lo que hay de tempestuoso y triste.

Y quisiera morir..... pero en tus brazos
 Con la embriaguez de la pasión más loca,
 Y la luz de mi vida se apagara
 Al soplo de los besos de tu boca.

JUSTO SIERRA.

CRISTOBAL COLON.

¡Oh Colón! para hacer de tu renombre
 Eco digno mis pálidos cantares,
 Yo necesitaría
 Encontrar otro mundo en la poesía
 Como el que tú encontraste entre los mares.
 Nunca tanto osaré; si el arpa mía
 Alza himnos de alabanza á tu memoria,
 Cumplo un santo deber de americano:
 Ave del Oceano,
 Grandioso pedestal de tu victoria,
 Plugo al cielo inmortal darme por nido
 El nido de tu gloria;
 Por eso tu recuerdo, enternecido,
 Llamo del seno del sepulcro adusto;
 Surja tu sombra de sus piedras santas,
 Y mi musa feliz, mendigo augusto,
 Doblará la rodilla ante tus plantas.